TERCERA PARTE.

LA REVOLUCION DE AYUTLA.

CAPITULO I.

LA CAÍDA DEL DICTADOR.

Una sociedad no es un organismo, mientras los organismos conocidos por clases sociales no funcionan de acuerdo para constituir un cuerpo político ó sea para formar el Estado con el verdadero poder social.

Hay clases sociales activas y pasivas; son activas las que ambicionan el poder para beneficiarse, y pasivas las que no ambicionan el poder y se muestran insensibles á los abusos gubernamentales que las afligen. Cuando en una sociedad todas sus clases son activas, se produce el gobierno democrático; cuando sólo hay una clase activa, se produce el gobierno oligárquico; cuando hay dos clases activas y una grande pasiva, se produce el estado de guerra entre las activas para hacer prevalecer por la fuerza sus intereses.

En Méjico, lo mismo que en todas las repúblicas latino-americanas, la clase popular es pasiva, lo que ha dado lugar al choque constante entre las dos clases activas; la que ambiciona el gobierno por la tradición, y la que sueña con el gobierno por el derecho. Desgraciadamente, la clase media en la América latina, de origen burocrático en vez de industrial, es profundamente famélica, lo que hace que dispute más empleos públicos que principios republicanos. El fondo

de la política latino-americana, es más que en ninguna otra parte económico; las clases medias sólo encuentran elementos de existencia en los empleos del Estado ó en el industrialismo. Faltando industria, el Estado tiene que alimentar á la clase media, y si no puede, está obligado á luchar incesantemente con ella, hasta exterminarla ó darle de comer. El aspecto político de la América latina, es el de la Roma republicana: clase patricia, plebeyos y mayoría del pueblo esclavos. La lucha entre patricios y plebeyos tiene que terminar siempre con el triunfo de los plebeyos, y cuando éstos por falta de capitales no pueden organizar una plutocracia ó cuando el Estado no puede ser bastante rico para constituir una burocracia, no queda más solución que el cesarismo con las modificaciones impuestas por el clima, la raza y la época.

Un gobierno sólo puede apoyarse en la tradición, en el capital ó en el derecho para gobernar; pero cuando la tradición es negada como elemento de gobierno por la clase social más fuerte, cuando no hay capitales, cuando no hay sentimiento ni carácter ni elementos económicos democráticos, entonces sólo puede formarse para intentar gobernar, el poder militar, único posible de ser improvisado.

Como en Roma, la clase patricia ha encontrado en la América latina sus Silas y los plebeyos sus Marios; en Méjico el General Santa Anna, resolvió desempeñar alternativamente los dos papeles; fué Sila y Mario y acabó por fijarse definitivamente en el papel de Sila; pero se condujo con tal grado de perfección, que pasó al cesarismo, dejando de representar los intereses de la clase tradicionalista para aplastar á todos con los de su ambiciosa personalidad. Santa Anna suprimió la lucha entre conservadores y liberales para verificarla entre su persona y la nación; sensible fenómeno característico del cesarismo, en su período último de desarrollo; la lucha de uno contra todos, que siempre acaba por el triunfo de todos. Esta es la historia del origen, desenvolvimiento y término de la célebre revolución de Ayutla.

*
* *

Los pueblos tradicionalistas aman el sistema monárquico absoluto aun cuando aborrezcan al monarca; en los cesarismos los pueblos detestan el sistema aun cuando amen al César. El pueblo de las monarquías es creyente en el origen divino de su gobierno y no vacila en considerar horrendo crimen la pretensión de gobernarse á sí mismo; el pueblo de los cesarismos ambiciona la libertad, comprende sus derechos y se somete al sistema, fatigado por los fracasos de sus tentativas, convencido de su incapacidad pasajera para el gobierno propio, dominado por la corrupción ó desalentado por las anarquías. Pero si la anarquía y los fracasos fatigan, también fatigan las tiranías, y entonces tienen lugar formidables reacciones para libertarse aun ante el peligro de caer en la disolución. Los cesarismos duran según la regla general que presenta la historia, en razón del respeto relativo que el César profesa por los derechos individuales y sociales; en razón del bienestar relativo que su gobierno procura; en razón de los progresos materiales que realiza. El cesarismo dura mientras imita á un gobierno de derecho. La historia de Roma sólo presenta dos excepciones á esta regla.

En el cesarismo se gobierna á hombres cuyo ideal es la libertad, y por consiguiente, hay que compensar con algunos bienes la libertad que se les quita. El General Santa Anna no lo comprendió así, tuvo la debilidad de todos los césares de pacotilla, creer en los gobiernos fuertes con manos de hierro, siendo la derecha el ejército y la izquierda la policía. Actualmente el mundo presencia lo débil que es un *gobierno fuerte*, cuyas fuerzas son las bayonetas y los calabozos. El Zar de Rusia es un prisionero; el esclavo más agobiado de Rusia; la autoridad más desprestigiada y vacilante, y su triste estado no se debe por cierto á la falta de bayonetas y policía, ni á la de hecatombes, prisiones y crueldades. Mientras el pueblo ruso creyó con fervor en el origen, misión y obra

divina del Zar, su gobierno fué fuerte; cuando el pueblo ruso ha cambiado de conciencia y desea libertades, el inmenso ejército y la innumerable policía sólo sirven al Zar para ahuecar más y más el abismo en que debe hundirse. La fuerza sirve para oprimir una anarquía, nunca para gobernar á los pueblos aun cuando éstos sean incultos.

Pero Santa Anna tenía las ideas de los militares antiguos; ignorantes, brutales; sin la menor noción de lo que es un gobierno; sin haber tenido nunca el pensamiento de examinar un poco la historia. Un César sólo puede sostenerse por un ejército pretoriano; pero el verdadero dueño de un ejército pretoriano es el *mejor postor*, *y siempre es mejor postor el militar que ambiciona el poder que el que lo desempeña.* El ejército de un César no es una fuerza de gobierno, sino un generador de anarquía.

Santa Anna, no tuvo más que un programa: forjar la mano de fierro con la suya; cosa imposible porque todas las manos de fierro son postizas y caen al primer sacudimiento del pretorianismo. Santa Anna decretó la formación de un ejército de noventa mil hombres y sacrificando á favor del terror que quería inspirar todos los recursos de la nación, organizó un ejército de cuarenta mil hombres y tuvo tal fe en su obra, que emprendió traer á Méjico, soldados extranjeros, únicos que le inspiraban confianza.

El Ministro de Relaciones del General Santa Anna, decía oficialmente al Ministro de Méjico en Francia: "Exmo. Señor: Debiendo á la fecha haberse canjeado en Washington el tratado pendiente con los Estados Unidos, mediante la disposición manifestada por aquel gobierno para su ratificación y las instrucciones al efecto dadas al Exmo. Sr. General Almonte, y considerando oportuno el *serenísimo* Sr. Presidente que *cuanto antes* tenga verificación el envío de los tres regimientos suizos contratados por V. E. para el servicio de la nación..... (1)

(1) Ministro Bonilla á Ministro en Francia Don José Ramón Pacheco. Julio 1º de 1854.

*
* *

El General Santa Anna no tenía la hipocresía democrática de Tiberio, ni la hipocresía mística de Cromwell, ni la hipocresía jacobina de Robespierre; era un tirano limpio de todo pudor, franco, brutal, impulsivo, grosero; un sargento abotagado de vicios, cobarde y cruel, vestido de magnate y ridículo en su tentativa de aristocratización. En su conciencia no había pensamiento ni sentimiento más que para su grandeza personal, revolcada en pasiones degradantes como la del juego, el peculado, el cinismo de rematar su autoridad á los agiotistas que arruinaban el erario público. Era el verdadero fruto de un ejército podrido por el pretorianismo; la verdadera expresión sintética de la purulenta sociología latino americana pretendiendo fundar la república, el derecho, la voluntad popular, la civilización del Viejo Mundo, dentro de la voracidad insaciable de un militarismo insaciable, inmoral, aspirando crímenes y traspirando terror. El tipo de Santa Anna, se encuentra en toda nuestra América, con excepción de los Estados Unidos y Chile, reproducido frecuentemente en cada cuartelazo regenerador; es la imagen humana de nuestros fracasos políticos.

*
* *

Santa Anna era poco afecto al asesinato político, era franco y para destruir á sus enemigos, expidió su ley de conspiradores el 1.º de Agosto de 1853, debiendo por ella ser juzgados los culpables sumariamente por un consejo de guerra y fusilados sin ulterior recurso. En realidad la ley de conspiradores establecía una corte marcial que como todos los tribunales de su clase, sirven para ejecutar venganzas contra los enemigos efectivos ó aparentes de los jefes de quienes dependen. Fuera de la obra de las cortes marciales santanistas, "pasaron de quinientas las personas confinadas á

diferentes puntos de la República y desterrados fuera de ella, durante la administración del General Santa Anna, sin contar con los echados á presidio, ni con los filiados en el ejército por no ser adictos á la administración." (1)

"Todas las órdenes de destierro ó confinamiento eran expedidas por la Sección de Operaciones del Ministerio de la Guerra. Bastaba una malévola denuncia, una calumnia infame, un simple anónimo, para que los esbirros fueran á sacar de su casa á un hombre honrado, á un anciano inofensivo, á un ciudadano inocente. Vez hubo en que se dieron órdenes de destierro contra personas muertas hacía muchos años, y contra otras que lejos de ser desafectas al gobierno, estaban empleadas en las primeras oficinas del Estado; porque alguno quiso ver, dirigiendo al Presidente una acusación anónima, hasta dónde llegaba la ligereza con que se decretaban aquellos castigos." (2)

El celo cesáreo característico en el último período de la caquexia moral de los tiranos, fué en el General Santa Anna siniestramente agudo: "Cuando murió el General Don José Joaquín de Herrera, todos los periódicos sin distinción alguna le rindieron el tributo de respeto que merecía por sus virtudes; y esto disgustó tanto al gobierno que hizo publicar en su "Diario Oficial" varios artículos contra el General difunto; no sin dar á entender á los escritores públicos la indignación con que había visto el presidente los elogios que se le habían tributado. ¡Y se trataba de un veterano de la independencia, de un general que había sido presidente de la República, de un ciudadano que había ocupado dignamente los primeros puestos del Estado, de un hombre de bien, que no había sacado de su larga carrera sino un nombre sin mancha y la mortaja con que acababan de enterrarle!" (3)

(1) Historia de la Revolución de Méjico, contra la dictadura del General Santa Anna. Pág. 11.

(2) Historia de la Revolución de Méjico, contra la dictadura del General Santa Anna. Pág. 12.

(3) Obra citada, pág. 33.

Cuando el General Yáñez derrotó y fusiló en Sonora al filibustero francés Raousset de Boulbon, prestó un gran servicio á su país que halagó mucho á los mejicanos por el valor que desplegaron las fuerzas nacionales. El General Yáñez fué aplaudido y popular, y uno de los ministros de Santa Anna consideró meritorio para su servilismo delatar esa popularidad del General vencedor como una ofensa á la gloria del dictador. "La pasión más fuerte del General Santa Anna se despertó entonces con su implacable violencia; y el ministro para que no desmayase en los injustos propósitos que veía casi asomar en el alterado semblante del presidente, le habló de Manlio, el cónsul romano que hizo matar á su propio hijo porque había dado una batalla contra la orden que tenía, no obstante que había alcanzado una gran victoria."

"Dos días después, los habitantes de Méjico, llenos de asombro, vieron que en el "Diario Oficial" se vituperaba con la mayor acritud la conducta de Yáñez, que se le destituía de su destino de gobernador y comandante general de Sonora y que se le sometía á un consejo de guerra." (1)

"Cuando llegó á Méjico el célebre poeta español Don José Zorrilla, los habitantes de esta capital lo recibieron con un entusiasmo que rayó en delirio. Personas de todas clases y condiciones, de todos los colores y de todos los partidos, se esmeraron á porfía en obsequiarle; banquetes, tertulias, días de campo, se dispusieron para tributar al poeta el homenaje de la admiración que desde muchos años antes había excitado su hermoso genio entre todos los amantes de la gloria literaria; los poetas mejicanos pulsaron la lira para saludar al vate español, y todos los amigos de lo sublime y de lo bello, querían en fin, testificar que no les era indiferente el cantor de la "Virgen" y de "Granada." Después de las demostraciones que podían considerarse como públicas, algunos individuos querían tener el gusto de obsequiar á Zorrilla en sus

(1) Historia de la Revolución de Méjico contra el General Santa Anna, pág. 131.

casas, y estaban preparándose para ello, cuando una orden superior vino á impedírselo. El gobierno había llevado á mal aquellas demostraciones, sin duda porque consideraba robados á sí mismo los aplausos que se tributaban al poeta. Entre sus admiradores había muchos altos empleados, y uno de ellos fué llamado á la presencia del presidente para sufrir una áspera reprensión por haber tomado parte en los obsequios hechos á Zorrilla. Profundamente irritado habló el dictador de la vergüenza que era para los mejicanos manifestar tanta admiración por un hombre como aquél: dijo que si para los demás era una vergüenza para los empleados del gobierno era una falta gravísima tomar parte en aquellos aplausos, como si tanto mereciera un poeta: "¡Basta ya, añadió, basta ya de entusiasmo necio! Y vaya Ud. á decir á todos los que piensan continuar en esas demostraciones que basta ya." El empleado tuvo que ir á las casas donde sabía que se preparaban obsequios á Zorrilla, á comunicar la orden de que no se le hicieran, y la prohibición fué puntualmente respetada." (1)

*
* *

Santa Anna siguió la ley funesta que destruye á los dictadores con excepción de los muy elevados que saben contenerse cuando se sienten dueños del poder absoluto y aun dar libertades serias, caso extraordinario visto sólo en grande escala en Trajano. La ley de la ambición es la de todas las pasiones que operan en hombres débiles; comienzan por encontrar el pan incitante y acaban por hallar la cantárida incípida; comienzan deplorando saber escribir cuando firman la primera sentencia de muerte y acaban por desear que el pueblo tenga una sola cabeza, para tener el placer de hacerla rodar. Tiene que llegar un momento en que el límite de sufrimiento de los pueblos se traspase y aunque excepcionalmente manso el pueblo mejicano, como todos los de la América latina, llegó al punto en que excitado, dirigido, estimu-

(2) Obra citada, págs. 34 y 35.

lado, despertado por hombres valerosos, resueltos, eminentes, soñadores del derecho ó por lo menos de alguna justicia, se levantaron para arrollar el poder de un enano que como Alejandro el Grande, intentaba transformarse en dios asiático.

La Revolución de Ayutla no fué un movimiento á favor de determinado partido; fué un sacudimiento brusco, potente, irresistible, nacional. Comonfort fué el verdadero gran caudillo iniciador, que desenvolvió la revolución y la consumó ayudado poderosamente por don Juan Alvarez. El elemento liberal progresista estuvo representado por don Santos Degollado, don Gordiano Guzmán, don Manuel García Pueblita y don Epitacio Huerta de Michoacán; por don Juan José de la Garza en Tamaulipas; por don Santiago Vidaurri en Nuevo León y Coahuila. El elemento conservador doctrinario é institucionalista estuvo representado por don Antonio Haro. La oposición del clero por el Obispo Munguía y el presbítero Valdovinos; el odio de las órdenes monásticas, por permitir Santa Anna al alto clero la ingerencia en la administración de sus bienes; por la Orden de San Agustín.

En la Revolución de Ayutla, se vé una formidable y tácita coalición de todos los elementos políticos de la *nación sensible*, contra un hombre que había llegado á creer en la verdadera existencia de los poderes absolutos, que no han sido ni pueden ser más que relativos. Llegando al límite de paciencia de cada sociedad; la reacción tiene lugar en las sociedades susceptibles de civilización. Los cuarenta mil veteranos de Santa Anna, no pudieron sostenerlo; un puñado de hombres oscuros surgió removiendo las entrañas sociales y probando que nunca un pueblo deja de insurreccionarse por falta de previos caudillos; la misma revolución los forma. Comonfort antes de estallar la revolución de Ayutla, era un insignificante coronel de guardia nacional; don Santos Degollado, un rector de colegio; don Santiago Vidaurri, un vulgar empleado fiscal; don Juan José de la Garza, un joven abogado, ambicioso y audaz; Huerta y Pueblita, jóvenes humildes, patriotas y amantes de la democracia.

*
* *

Cuando huyó Santa Anna en Agosto de 1855 aterrado por el clamor de venganza de los oprimidos, cada facción pretendió hacer suya la revolución para hacer prevalecer sus intereses. Sin los trabajos diplomáticos de Comonfort y Doblado y sin el gran civismo de Comonfort, que acató la elección de don Juan Alvarez como presidente interino de la República, no obstante sus graves irregularidades, la anarquía hubiera sido el resultado del grandioso movimiento nacional iniciado en Ayutla. Comonfort mostró patriotismo, desinterés, abnegación, mérito suficiente para ser considerado en la historia como el primer caudillo de la revolución preparatoria de lo más trascendente que ha tenido la nación mejicana.

Durante la Revolución de Ayutla, Juárez permaneció tranquilo en Nueva Orleans. Don Melchor Ocampo le envió dinero para que volviera al país, y llegó á la hora del triunfo para ser nombrado Ministro de Justicia por el General Don Juan Alvarez.

*
* *

El cargo más grave que se ha hecho el general Santa Anna, la venta de la Mesilla, es altamente injusto. La venta de la Mesilla no fué voluntaria, no fué un *negocio* del gobierno, no hubo trama ni especulación de agiotistas. La política de todos los presidentes de los Estados Unidos, para obtener su reelección era dar el mayor gusto posible á su partido y esto lo conseguían despojando á Méjico de territorio. Las aspiraciones del partido esclavista de los Estados Unidos en 1853, eran las guerras sucesivas con México, para sucesivamente absorbérselo.

El presidente esclavista de los Estados Unidos, Franklin Pierce, comenzó por disputar la propiedad de la Mesilla acompañando sus alegatos con la ocupación de ese nuestro territorio por un cuerpo de tropas. La política del gobierno americano era más que quedarse con la Mesilla, que sirviese este territorio de pretexto para determinar la guerra, triunfar como en 1847 y adquirir Sonora, Sinaloa, Chihuahua, Nuevo León, Coahuila y Baja California. En suma, la cuestión de la Mesilla debía conducirnos á que nuestra frontera Norte quedase en el paralelo que pasa por San Luis Potosí.

¿Debió Santa Anna enviar su ejército á la Mesilla? No tenía dinero para hacerlo y sus cuarenta mil hombres eran poca cosa para la fuerza que podían presentar los Estados Unidos. Santa Anna sabía indudablemente que no podía contar con más apoyo del país que billones de fanfarronadas que ni matan al enemigo ni sirven de rancho al soldado.

Santa Anna había aprendido mucho respecto de nuestro patriotismo durante nuestra guerra con los Estados Unidos. Fué una vergüenza que el general Scott, con un ejército que nunca pasó de nueve mil hombres, hubiera hecho una marcha triunfal desde Veracruz, hasta tomar una ciudad fortificada de doscientos mil habitantes, defendida por veinte mil hombres. Esta campaña parece china. Scott no nos sorprendió, dió siete meses de plazo para que una nación de ocho millones de habitantes lo detuviera en su marcha victoriosa de Veracruz á Méjico.

Se ha cargado esta vergüenza á la cuenta del ejército. ¿A qué ejército? Al permanente, al podrido, al pretoriano, al de los continuos *cuartelazos*. Ciertamente que ese ejército en general se portó muy mal, debido casi exclusivamente á nuestra forma de gobierno. Todo César sabe que debe el poder á un cuartelazo y que otro cuartelazo debe arrojarlo del puesto por la violencia conquistado. La filosofía cesárea sólo tiene un precepto: reinar para evitar el *cuartelazo* fatal. Los autores de cuartelazos son siempre rivales del César, en valor, audacia, desmesurada ambición, prestigio con los soldados y con el pueblo. Para evitarse rivales, el César debe entregar los mandos de su ejército á los cobardes, ineptos, des-

preciados por los soldados, odiados por el pueblo, rechazados por la sociedad; debe entregar los mandos á hombres que sólo *valgan por él* y que sin él, caerían como basura al muladar. Estos jefes elevados por su servilismo no son más leales que los autores de cuartelazos, pero su cobarbía, su tontera, su ineptitud, hacen que no tomen la iniciativa del pronunciamiento y que se limiten *á irse á la cargada*, pero mientras no hay *cargada* se mantienen haciendo su pequeña comedia de fidelidad, abnegación y sacrificio por su amo.

Al César lo que le importa es que nadie tome la iniciativa del pronunciamiento, porque en este mundo *no acaban las cosas que no comienzan*. La política cesárea exige, pues, la elevación de la escoria, ó de la ineptitud militar á los grandes mandos y la postergación de los jefes valientes, audaces, instruídos, patriotas; y esta postergación se convierte en persecución y aun en asesinato, contra el que presenta tamaños de ser un gran capitán. Leyendo y meditando la historia de Belisario se conoce bien el fondo de la filosofía *cesárea*.

En Méjico, en 1847, había jefes pundonorosos, instruídos, bravos, resueltos, capaces de haber hecho mucho, pero Santa Anna que sabía de memoria la filosofía cesárea, los había postergado y entregado los grandes mandos del ejército, con honrosas excepciones, á cobardes, á tontos, á analfabetas, á seculares momias, á sus lenones, á sus talladores en el naipe, á los maridos que le entregaban á sus mujeres, á héroes fósiles, á sus amarradores de gallos, á sus camaristas rapaces, á sus favoritos ladrones, á sus aduladores más bajos; y cuando un ejército tiene á su cabeza la cobardía, los vicios, la indignidad, la ineptitud, la traición, la suciedad; nada tiene de extraño que los buenos soldados se conviertan en liebres; huyendo más que del enemigo, de la rapacidad y del olor de completa putrefacción que exhalan sus jefes.

Pero no hay que fijarse mucho en ese ejército santanista, porque el patriotismo ordena que para rechazar la invasión extranjera el ejército sea todo el pueblo: el patriotismo ordena que ante el enemigo extranjero *el pueblo se levante como*

un solo hombre. ¿Y qué importaba Santa Anna y sus jefes, en lo general cobardes y serviles, si se hubieran presentado doscientos ó trescientos mil hombres y atraído con su actitud á los cuarenta mil soldados de Santa Anna, desprendiéndolos de sus malos jefes? La responsabilidad de las vergüenzas de 1847, es nacional mucho más que militar. El ejército permanente se sintió abandonado por el pueblo (1), él entonces abandonó al pueblo; no fué el más culpable.

En 1853, seis años después de 1847, nuestro patriotismo era el mismo y lo conocía bien Santa Anna: raudales de fanfarronadas; tempestades de garrulerías; cóleras espantosas de sobremesa; proyectos sobrehumanos de clásicos sacrificios; cataclismos heroicos en todas las cantinas; gestos de valor salvaje en todos los corrillos; dianas en todos los periódicos á las victorias futuras; pero á la hora de cumplir, pocos eran los *pagarés patrióticos* no respaldados, ni repudiados; entonces nadie quería soltar un peso, las semillas se escondían, los héroes se encerraban en sus casas; casi ninguno se presentaba en los cuarteles pidiendo un fusil y un lugar y la leva tenía que funcionar con frenesí, produciendo odio contra el gobierno. A la hora de cumplir y cuando las cornetas del ejército tocaban generala; sólo respondía el egoísmo, la indiferencia, el desaliento ó el pánico.

Con la lección de 1847, Santa Anna no podía aceptar otra guerra con los Estados Unidos. Los batallones de guardia nacional se portaron correctamente pero fueron escasos: todo el pueblo debía haberse convertido en guardia nacional. Santa Anna sabía que emprendiendo la guerra, contaba con sus cuarenta mil hombres reducidos á menos de la mitad por el hambre y las enfermedades, antes de llegar á la Mesilla, donde, después de derrotados, acabarían en el desierto como fieras hambrientas; mientras los patriotas se entretendrían en la capital en criticarlos, condenarlos y declararlos cobardes. Fué muy humillante que el gobierno de Santa Anna se

(1) Excepto el pueblo de la capital y el del puerto de Veracruz, la indiferencia fué notable en el resto de la república.

hubiera sometido por la fuerza, á la venta de la Mesilla, pero esa humillación nos salvó de otras más fuertes y de haber perdido más de la mitad de nuestro territorio. Santa Anna nos hizo un bien; la Mesilla como territorio no tenía valor, y sí lo tienen y muy grande Chihuahua, Sonora, Sinaloa, Durango, Nuevo León, Coahuila y la Baja California.

La venta de la Mesilla, no es mancha ni error de Santa Anna ni del partido conservador.

La isla Sakhaline vale mucho más que la árida Mesilla. El Japón es un pueblo patriota y sobre todo bravo, hasta causar la admiración del mundo. El Japón tenía derechos indiscutibles á la posesión de la valiosa isla Sakhaline, derechos de descubrimiento y de conquista, pero cuando vió que Rusia, abusando de su fuerza le imponía el sacrificio de la isla ó una guerra desastrosa, el gobierno japonés hizo lo que Santa Anna con la Mesilla; la cedió para evitar la guerra en cambio de ciertas concesiones bien insignificantes. En la actualidad Japón reclama lo que le pertenecía, la preciosa isla. Nadie lo ha juzgado mal.

Es ya tiempo de hablar con la razón y no con estúpidas y resonantes pasiones, verdaderos sedimentos pútridos del espíritu de partido.

*
* *

Como era indefectible, la revolución de Ayutla cargó con la insaciable ténia que debía pronto absorber sus mejores jugos y resecar sus más frescas promesas. Cuando en una nación hay partidos políticos, la mayoría de ellos es sana, cometen errores, pero jamás su programa íntimo es malvado y dictado por la mala fe. Cuando en vez de partidos sólo se organizan facciones como sucedió en Méjico; su mayoría es de gastrólatras. Al frente de cada facción se encuentran en lo general hombres eminentes en constante pugna con el canibalismo universal de sus partidarios; y cuyo destino es perecer si no exterminan á esas facciones ó las reducen á *rebaños* de serpientes domesticadas. El llamado partido de Santa Anna estaba repleto de gastrólatras que al ver al jefe á quien aclamaban vacilar y perderse, se proclamaron liberales, como antes se habían proclamado santanistas al ver disminuir la sopa que les proporcionaba el generoso Arista.

"En fin, todo callaba (en 1853) y retrocedía ante la voz y ante los pasos de la dictadura: ella daba sus leyes, y sus leyes eran acatadas en medio de un general silencio; ella avanzaba osadamente contra toda libertad, y no había ya hombres libres que le atajaran el paso. Y como si todo se hubiera conjurado á favor de ella, y en contra de la nación, sus mismas providencias atroces, y hasta sus disposiciones ridículas, eran apoyo de su dominación y servían eficazmente á sus proyectos, confundiéndose tal vez el terror que excitaban sus venganzas con la veneración y el respeto de una autoridad severa, y creando en torno suyo una aureola de esplendor y un valladar de poderosos intereses con aquellas medidas que tanto lisonjeaban el amor propio ó el interés de ciertos individuos y de ciertas clases.

"Los que no vieron aquella situación, no pueden formarse una exacta idea de lo que pasaba, y mucho menos si escuchan hoy las maldiciones que dirigen á la dictadura todos los ciudadanos, todas las clases y todos los partidos. Aunque sea triste consignarlo, es preciso decir que el general Santa Anna no sólo tuvo el apoyo de santanistas y conservadores, sino también el de muchos liberales que no se desdeñaron de servir con celo á aquella administración, ni de dar su voto á favor del poder unitario, ni de llevar la Cruz de Guadalupe. Si después que cayó la tiranía, han querido todos pasar por Brutos y por Catones en punto á dignidad republicana, no por eso deja de ser verdad que andaban muchos entonces menos erguidos que ahora, tomando parte en el coro general que entonaba las alabanzas del ídolo. La historia no se maravilla de esto, después de haber visto las flaquezas de la raza humana en todos los períodos de su afanosa existencia; y si aquí se consignan hechos semejantes, es porque ellos re-

velan por un lado el espíritu de la época, explican por otro la larga duración de la dictadura, y hacen resaltar el mérito de los que osaron atacarla hasta vencerla. Si no hubiera sido una especie de moda desdeñar la libertad y adular al despotismo, y si no hubieran entrado en ella infinitos ciudadanos de los que hoy lo negarían, el gobierno de Santa Anna no habría subsistido veintisiete meses, escandalizando á la República con sus desafueros; la revolución no habría sido una empresa heroica por las dificultades que tuvo que vencer, y no habría razón para escribir en los anales de Méjico con letras de oro el nombre de sus caudillos. La nación aceptó la dictadura, guardó silencio ante sus desmanes, humilló la cerviz ante sus agresiones; y cuando los valientes, que no habian incensado á Baal, arrojaron el guante en el Sur, no sólo tuvieron que luchar contra una masa enorme de fuerza física, sino contra la opinión que había reconocido, aceptado y aun aplaudido, los desafueros, porque estaban disfrazados con hermosos nombres, y vestidos con deslumbradoras galas." (1)

(1) Historia de la Revolución de Méjico contra la dictadura del General Santa Anna. Págs. 29, 30 y 31.

CAPÍTULO II.

LA REFORMA BAJO LA DICTADURA DE D. JUAN ALVAREZ.

Se admite como evidente que la ley Juárez abolió los fueros eclesiásticos. No es exacto, la ley de 23 de Noviembre de 1855, proyectada por Juárez y aceptada y promulgada por el general don Juan Alvarez, Presidente de la República, investido de facultades dictatoriales por el plan de Ayutla, dice en su artículo 42: "Se suprimen los tribunales especiales con excepción de los eclesiásticos y militares. Los tribunales eclesiásticos cesarán de conocer en los negocios civiles, *y continuarán conociendo de los delitos comunes de individuos de su fuero, mientras se expida una ley que arregle este punto.*"

No había necesidad de expedir ley alguna para "arreglar este punto," porque si se trataba de suprimir el fuero eclesiástico en materia penal, bastaba declararlo así, y por tal declaración quedaban los eclesiásticos como debían quedar sujetos á las leyes generales comunes y penales, que regían á todos los habitantes de la República.

Juárez no fué el iniciador de la abolición de los fueros militar y eclesiástico en nuestro país. Esa gloria corresponde realmente á la villa más heroica, más liberal, más patriota que descuella en la historia de Méjico, para el que sabe leerla; esa villa de Zitácuaro. En el acta de pronunciamiento levantada por los vecinos de Zitácuaro, en la sala de cabildo del Ayuntamiento, en Diciembre de 1852, consta como artículo del programa de la revolución, la abolición de los fueros militar y eclesiástico.